

Unni Lindell

**El ataúd de la novia**

Traducción del noruego de  
Lotte Tollefsen

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

*La casa de la caldera estuvo muchos años cerrada. Me he instalado en la pequeña casa de ladrillo. La madre selva se aferra a sus paredes como yo me aferro al futuro. Aquí lo tengo todo, paz, silencio y oscuridad. No debo distraerme con mis problemas personales, solo llevar a cabo mi tarea. Me siento como el único superviviente de una tragedia espeluznante. La angustia se enrolla en mi cuerpo como los hilos negros de una araña. No he asesinado a nadie, en la práctica no.*

*Fue aquí donde todo sucedió hace ya mucho tiempo. Fue como desplomarme por un respiradero, pero el tiempo ha pasado y he salido adelante. Todo sigue igual: la escalera metálica cubierta de musgo, los gorriones que picotean el asfalto. Los zorros en la linde del bosque, insectos que en verano zumban y chocan contra las pequeñas ventanas de cristales emplomados. Nadie puede ver el interior, pero en verano, desde dentro, se distinguen las grandes sombras de las copas de los árboles sobre la hierba. Oigo las ratas moviéndose por el sótano y el frío olor de los muros se cuele por las rendijas de la tapa de madera de la alcantarilla. Está nevando. Las paredes huelen a invierno. La parcela está amortajada, cubierta de una capa de hielo blanca entre los edificios. Solo se libra un perímetro de césped de un metro de ancho, el que cubre los túneles subterráneos cuyo calor impide que la nieve cuaje. El pasadizo parte del edificio principal. El vigilante de Securitas cree que puedo estar aquí. No cuestiona nada. A menudo charlamos un rato y luego sigue su ronda. Cuando llegue el momento, me marcharé. Seguramente será esta noche. Ya he introducido la cesta de mimbre en el horno. Cuando su cuerpo se haya quemado, me iré de aquí para siempre.*

Hospital Psiquiátrico de Gaustad  
27 de noviembre de 1988

Querida Berit:

El suceso de la semana pasada fue terrible. Es espantoso que Maike Hagg haya muerto a los doce años. La policía ha venido a tomarme declaración y sé que también han ido a tu casa. Pero ¿qué hacía esa niña en el archivo del sótano? He cancelado los días de visita de los niños. ¿De verdad crees que era buena idea que los hijos de los pacientes psiquiátricos tuvieran la oportunidad de relacionarse entre sí? Los hombres de la sección restringida son pacientes peligrosos, tú lo sabes. ¿Cómo consiguió Maike la llave? Les has enseñado los sótanos a los niños, los has dejado ver la habitación clausurada con los viejos bancos de madera y las correas para atar a los pacientes. Has entrado con ellos en las conducciones del agua, les has permitido recorrer las catacumbas y les has dicho dónde estaban el cuarto del electrochoque y el archivo. Tal vez Maike estaba buscando algo en el archivo, ¿quizá por encargo de su padre?

¿Por qué te quedas en casa? ¡Tienes que volver al trabajo! He comentado los diagnósticos y los informes médicos contigo. Has cometido infracciones informando a los pacientes de sus diagnósticos con más detalle que yo como director médico. No se lo he dicho a la policía. Desde ahora te prohíbo que te acerques a los pacientes con tu pretendido interés por su bienestar. A partir de ahora seremos Norma y yo quienes nos ocupemos de la necesidad de los pacientes de hablar de sus problemas. Ella es sacerdote, tú una secretaria, Berit.

La pintura de labios con la que habían embadurnado la boca de la niña despertó las sospechas de la policía. Tendrás que responder

de eso. Ahora lo más importante es proteger y cuidar al resto de los niños. Especialmente los hermanos de Maike, Jan y Piet, pero también de Aud y mi Emmy.

Saludos,

CARL

Emmy Hammer se puso el abrigo y caminó deprisa hacia la puerta de cristal y su tirador de bronce combado. Tenía que alejarse del Café del Teatro. Por un instante vio su figura reflejada en la puerta. El abrigo blanco parecía un disfraz de fantasma y sus tirabuzones, como si fueran rastas, cuerdas enrolladas. Tenía las pestañas y las cejas muy claras y la boca ancha. Tiró de la puerta y logró salir al aire frío. La noche estaba estrellada. Los puntos de luz parecían huellas de dedos sobre la cúpula del Teatro Nacional. Lanzó una mirada al cartel que anunciaba la programación sobre la pared iluminada del teatro y volvió a oír el desagradable sonido de una cuchara golpeando con fuerza el plato. Eran las 19:35 de la última noche de octubre. Se volvió para echar un vistazo a los luminosos ventanales del Café del Teatro. Aud seguía sentada en el mismo sitio, de espaldas. En contraste con el vestido amarillo, su pelo negro y corto parecía el cáliz de un girasol. Emmy se tropezó con un matrimonio mayor que iba agarrado de la cintura y vestido de fiesta. El largo pañuelo azul de la mujer se escurrió y desapareció entre unos jóvenes enmascarados. Emmy la dejó estar y pasó con prisa frente a la puerta del hotel, la floristería y el quiosco de la esquina. Se le había hecho extraño volver a verla. Habían cumplido treinta y siete años. Aud había afirmado cosas dolorosas. Sintió que se encontraban en un decorado mal hecho donde nada se correspondía con la realidad. Estaban envueltas en el sonido de cubiertos sobre loza blanca. Emmy se sintió anulada, a pesar de que las acusaciones no tenían nada que ver con ella. Pero no podía seguir escuchando aquello y acabó por coger su bolsa, apretarla contra su regazo e ir corriendo al ropero.

Pasó el tranvía con gran estruendo. A la luz blanca del vagón vio a jóvenes disfrazados de esqueletos y murciélagos. Pensó en la posibilidad de llamar a la policía, pero no estaba segura de cómo expresarse para que la entendieran bien. Tenía que pensar, y rápi-

do. Aud lo llamó «reencuentro». Después de casi veinticinco años. Sentía frío y calor a la vez. Algo le había dado miedo desde el mismo momento en que se sentaron a la mesa. Aud ya no era la misma. Era periodista y la había convocado a ella, a la hija del psiquiatra, el día de los difuntos, para hablar de Maike, que perdió la vida cuando tenían doce años. Cayó de una escalera de mano y se golpeó la cabeza contra el suelo de cemento del sótano de Gaustad.

El camarero les sirvió vino y dejó una cestita de pan sobre la mesa. Aud dijo con voz cristalina: «Qué bien que pudieras venir. Hace mucho que quiero hablar contigo. El plazo de prescripción de un asesinato es de veinticinco años. Quedan tres semanas para que venza el plazo del caso Maike». Emmy la había mirado con la boca abierta. Esa expresión «el caso Maike». Como si hubiera un caso. El malestar se extendía por su cuerpo como un veneno. «¿Has sabido algo de Berit Adamsen? He intentado contactar con ella».

Hacía veinticinco años que Emmy no veía a la secretaria de su padre. Lo único que tuvo oportunidad de contar de su vida fue que tenía un hijo y que iba a hacer una exposición. Exageró bastante. No mencionó que era probable que la cancelaran ni que en el último mes había vendido un solo cuadro. Los cuadros se acumulaban en el estudio, en realidad había tirado la toalla, había aceptado que nunca llegaría a ser más que una pintora aficionada. Las grandes ideas que tenía al empezar un óleo se encogían hasta transformarse en un motivo patético, poblado de figuras rígidas, casi infantiles, que daban a su obra un aire *amateur*.

Echó una mirada distraída a un vestido de rayas en el escaparate de la *boutique* de Norway Designs y se apresuró a entrar en Burns. El viejo bar estaba lleno. La acústica era mala, voces y risas retumbaban por el local. Emmy se abrió camino y encontró una mesa en el rincón más alejado de la puerta, dejó la bolsa y cogió el móvil.

Se quitó el abrigo y se acercó a la barra para pedirle un gin-tónico a un camarero delgado de pelo negro. Cogió el vaso y se dejó caer sobre la silla. Se aisló del ruido. Se echó a llorar en silencio. Pensó en Maike, que murió. En su pobre padre, Werner Hagg. Era alto, se parecía a Bruce Willis. Le llamaban el gigante. Había cometido un asesinato a hachazos y acabó internado en la sección de su padre, ahora tendría más de sesenta años. Y los dos hermanos de Maike, Jan y Piet: uno alto y atractivo, el otro un desastre. Se secó la nariz con la manga de la blusa. También recordaba claramente al padre de Aud, John Johnsen, un paciente delgado y macilento vestido con una larga gabardina.

A los doce años se reían de tonterías. Jugaban a que los edificios del hospital eran palacios en los que ocurrían cosas extrañas. El cielo surcado por vetas rojas sobre los tejados hacía que en otoño los edificios parecieran enigmáticos y sombríos. Pensaba en cómo se sentaban en el banco del parque, frente al hospital, charlaban, oían el seco viento de verano atravesar la hierba, y compraban helados en el quiosco de piedra, frente a la recepción. Jugaban a la rayuela en el pasadizo, saltaban sin pisar la raya mientras la sombra de los grandes árboles oscurecía el suelo. Sus padres estaban encerrados. Ese era el trabajo de su padre. Maike era compacta y bajita, sus piernas eran cortas y robustas y tenía el pelo castaño y graso, sin brillo. Una vez presumió de que cuando era pequeña, sus dientes de leche se habían puesto negros y se habían podrido. Aud y ella no siempre se portaban bien con Maike. En todos los grupos alguien tiene que ser el más débil. Emmy se había inventado que Maike tenía lombrices. Se había hecho con una botella de aceite de trementina en la casa de la caldera. La obligaron a bebérselo. Las descubrieron y Berit Adamsen se enfadó muchísimo. Norma Winter también, pero de otra manera, era sacerdote y más indulgente.

Emmy Hammer se tomó la bebida transparente a grandes tragos mientras pensaba en los tiempos de Gaustad. El calor se extendió por su estómago y dejó el vaso con el trocito de limón mustio sobre la mesa con un golpe. El calor y los pinchazos bajaban por su garganta, volvía a escuchar la voz de Aud en su interior. «Mañana he quedado con Norma, la sacerdote, y volveré a ponerme en contacto con Ole Porat porque la última vez que le llamé no contestó al teléfono. Creo que aquella vez se dio cuenta de algo».

Ole Porat era el joven estudiante de medicina que hacía la residencia con su padre y que vivía en la casa de la caldera por aquel entonces. Porat, ahora se acercaría a los cincuenta. Su padre se había jubilado y nunca hablaba de aquellos tiempos, pero algo había sucedido con Porat. «No es de fiar». ¿Fue eso lo que dijo su padre? De todo aquello hacía casi un cuarto de siglo. Emmy Hammer le dio la espalda a un borracho pesado. Luego buscaría sus números de teléfono en el iPhone para advertirles. Primero llamaría a Jan para decirle que Aud había descubierto que la muerte de Maike no fue un accidente, sino un asesinato. Y que Aud creía que era él quien había matado a su hermana. Y luego llamaría a su hermano, Piet. Y a Ole Porat, por ese orden. Los tres se llevarían una desagradable sorpresa cuando se lo contara, porque había más. El asesinato del hacha Werner Hagg, el padre de Jan, Piet y Maike, no había

matado a su mujer. Fueron sus hijos. Ahora Jan y Piet tenían cuarenta y uno y treinta y nueve años, y Aud Johnsen iba a publicar un artículo sobre ello. Y se iba a poner en contacto con la policía antes de que el delito prescribiera. Emmy Hammer pidió otra copa y levantó la vista cuando un tipo la llamó «nena».

El taxista observaba por el retrovisor a la mujer morena de rasgos marcados. La había recogido frente al Café del Teatro. Parecía estresada. El reloj del salpicadero marcaba las 19:47.

—A la calle Sandaker 22 G —dijo por segunda vez.

—Sé dónde es. Las viejas fábricas junto al río Aker. Transformadas en apartamentos —respondió mientras pasaban junto al Congreso de los Diputados.

Aud Johnsen sostuvo la mirada del taxista en el espejo. La calefacción del coche zumbaba. Nadie la esperaba en casa, solo el perro. Dentro de tres años cumpliría los cuarenta, tenía las comisuras de los labios demasiado marcadas, la piel blanca de la frente cortada por dos arrugas horizontales, la boca era una línea malhumorada pegada a su barbilla. Emmy estaba muy guapa esa tarde, con pantalones y una blusa clara y el pelo casi blanco sobre los hombros. Sus ojos azul claro brillaban bajo las cejas blancas. Con un toque de pintalabios hubiera resultado hermosa. Ella llevaba un vestido amarillo de corte deportivo con bolsillos debajo de un abrigo fino. El vestido le iba bien a su cabello negro azabache.

Las cosas habían ido más o menos como había previsto. Era demasiado para Emmy. Sentía que era demasiado para ella también. La palabra «disociativo» daba vueltas por su cabeza. «Pérdida de memoria como consecuencia del estrés y las fuertes tensiones durante la infancia».

Emmy parecía desconcertada. Solo se relajó al hablar de su hijo Philip. Tenía veintiún años y estudiaba medicina en Polonia. Le había resultado sorprendente que Emmy fuera una artista. Suponía que todo el mundo pensaba que debería llegar lejos, ella que era la hija del psiquiatra.

El taxi cruzó la plaza de Alexander Kielland y pasó la casa de «Lovisa, la de las gallinas». La vieja vivienda obrera se había transformado en una casa de cultura y café, y le habían puesto el nombre de uno de los personajes de las novelas de Oskar Braaten. Buscó el número de Berit Adamsen en el iPhone por tercera vez y volvió a llamarla. Llamó y llamó, pero esta vez tampoco contestó. Aud pensó en Berit Adamsen y sintió la ira reprimida a presión durante todos esos años. Berit trabajaba en Gaustad y junto con la sacerdote se había encargado de organizar los días de visita de los niños. Sus padres estaban en el edificio de ladrillo rojo, en la parte alta de la parcela del hospital. Jugaban a la rayuela, Maike, Emmy y ella mientras los hermanos de Maike, Jan y Piet, hacían de espectadores. A veces jugaban a conquistar terrenos clavando un cuchillo en la parcela del contrario. Lo hacían con la navaja de Piet.

Maike fue asesinada. Faltaban tres semanas para que el delito prescribiera. Al día siguiente iba a entrevistarse con Norma Winther en su despacho de la parroquia. Claro que sabía algo, pero seguro que se escudaría en el secreto profesional. También tenía que dar con Ole Porat. Seguro que temía por su futuro laboral. Escribiría el artículo y luego hablaría con la policía. Pero esa noche no. Al fin y al cabo no era una situación de emergencia que la obligara a llamar a un número de guardia. Maike no iba a regresar en ningún caso, así que bastaría con que lo hiciera al día siguiente.

El taxi recorrió la calle adoquinada que llevaba al que fuera el edificio de los tradicionales Talleres Myren. Ya eran las 19:55. Pagó, dijo que no necesitaba recibo y se bajó. A través de los grandes ventanales iluminados del gimnasio vio a gente que corría en una cinta. Junto a la puerta habían colocado dos calabazas con velas dentro. Las luces rojas del taxi se perdieron cuesta arriba. Anduvo deprisa hacia el oscuro callejón que separaba los edificios y dio la vuelta a la esquina para alcanzar la puerta en el alto muro. Solo quería llegar a casa, sentir el calor de su perro entre las manos y deshacerse del ruido que tenía instalado en la cabeza. La farola apenas iluminaba el patio del edificio industrial.

Había intentado localizar a su padre para advertirle de lo que se avecinaba, pero no contestaba al teléfono. Estaba segura de que se encontraba en su cabaña de la huerta de Sogn. Pasaba por una mala racha. Él había sido diagnosticado como esquizofrénico y había pasado ingresado la mayor parte de la infancia de Aud. Recordaba que, de niña, le hablaba de pájaros con ojos de diamante que le vigilaban. Y de Dios y de Jesús y de los ángeles.

«El ángel es un demonio, la gente cree que son criaturas bondadosas». Podía oír su voz pausada. Ahora estaba medicado y se apañaba bastante bien, pero seguía creyendo que la gente iba a por él y había vuelto a empezar con el tema de la publicidad. Recogía montones de folletos de los buzones, los metía en grandes sobres y los remitía de vuelta a los anunciantes.

El perro mestizo, no muy grande, que tenía desde hacía siete años, vino hacia ella moviendo la cola. Su Bruff. Le dio unas palmaditas, encendió la luz, se quitó las botas, fue al cuarto de estar y tiró el abrigo sobre una silla. Levantó la vista para consultar la hora en el reloj de pared. Se detuvo junto a los grandes ventanales industriales para mirar hacia el río, hacia las luces de las viejas viviendas obreras de la otra orilla. Esas casas llevaban allí ciento cincuenta años. Volvió a llamar a su padre y esta vez sí contestó.

—Padre —dijo imaginando su rostro afilado y grisáceo—, sé que estás en la cabaña.

Se quedó en silencio. Oyó que doblaba un periódico. Lo leía con detalle en busca de delitos y accidentes que confirmaran su visión del mundo. «Allí afuera suceden cosas espantosas. Hay que estar preparado». Miró por encima de la fila de tuyas, se dio la vuelta y se quedó frente a los pósteres enmarcados de las paredes, sin verlos.

—No pasa nada, papá. Quédate allí si quieres, yo voy a estar muy ocupada los próximos días, pero tengo que decirte algo. ¿Recuerdas a Maike, la hija de Werner Hagg, la que murió?

—Bueno...

—Yo jugaba con ella y con la hija del doctor Hammer cuando estabas ingresado. Delante de los edificios, ¿te acuerdas? En verano. Y también íbamos al desván y al sótano. Quiero que leas mi diario. Está debajo del tablón suelto del suelo, junto a la puerta del jardín. Esta noche he visto a Emmy Hammer. —Él seguía callado, así que ella prosiguió—: Estoy intentando ponerme en contacto con Berit Adamsen. Y mañana veré a Norma Winther, la que ejercía de sacerdote allí, ¿recuerdas?

—Sí.

Se lo imaginaba despeinado, con la mirada perdida, idiotizada.

—Cuando hayas leído el diario, lo entenderás todo, papá. Solo tienes que volver a dejarlo debajo del tablón cuando acabes. ¿Está bien? Papá, ¿estás de acuerdo?

Él murmuró algo.

—Ahora voy a apagar el móvil, papá. Estoy cansada, mañana hablamos.

El perro la siguió mientras abría una botella de vino tinto, se servía una copa bien llena y se la bebía. Se tumbó en el sofá, se echó una manta sobre las piernas y miró fijamente al alto techo. «Haz lo que tienes previsto, escribe el artículo y luego podrás derrumbarte». Cerró los ojos. Estaba de vuelta en Gaustad, los largos pasillos con la pintura amarillenta, el silencio tras las puertas cerradas, la vajilla del comedor, porcelana blanca. Gruesa, para que no pudieran estallarla; y las albóndigas en salsa con repollo de guarnición. Desde la primera visita supo que no volvería a ser la misma. Como si fuera la parada final, incluso cuando el cielo estaba azul y era verano o estaba de vuelta en casa con mamá, durmiendo segura en su cama. Sabía que el mundo se había acabado, había que esconder algo, negarlo. Volvía para visitar a su padre una y otra vez. Y luego conoció a los demás niños. Podía verlos, flotaban frente a ella en la luz marrón del sótano, Emmy y Maike. En cualquier momento era capaz de revivir el frío de las piedras, el suave olor a moho que desprendían las paredes de los túneles subterráneos. Las conducciones de agua iban a todas partes debajo de los edificios. El agua corría por las tuberías, en el interior de las paredes, y se convertía en un río. Y las voces de los chicos. Aguda la de Jan, grave la de Piet. Se sentó. Sus pensamientos eran como una lente de aumento que recogía los rayos de sol de la infancia para incendiar un mapamundi. Sintió pena cuando Emmy salió corriendo del Café del Teatro y tuvo la certeza de que había una conexión entre los dos universos. La historia que iba a contar era siniestra y peligrosa. Pronto alguien se vería obligado a salir a la luz y morir un poco.